

ha muerto. Mientras sirvió al progreso, mientras sirvió á la libertad, el mundo entero fué su tributario. Esta unidad absorbente, esta unidad incontrastable fué rota porque era necesario que apareciese la idea de variedad, la idea de personalidad. Así va el mundo. Así los poderes mas altos se derrumban. Así los seres mas humildes se exaltan. Así cumple la ley maravillosa del progreso. Adoremos estas dos palabras: Dios y libertad. He dicho. (Frenéticos aplausos.)

APLICACIONES RELIGIOSAS.

LECCION CUARTA.

SEÑORES:

Hemos consumido cuatro años enteros tratando los precedentes del Cristianismo, su preparacion en el mundo, su ulterior desarrollo; justo es que hablemos ahora, como consecuencia natural, de la aplicacion de todas estas ideas al espíritu y á la vida presente. Nuestros estudios se verian completamente malogrados, completamente perdidos, si no reflexionásemos algo, siquiera sea con brevedad, sobre nuestro estado religioso. No hay para qué ocultarlo, porque las llagas no se curan ocultándolas; nuestro estado religioso es muy triste, la crisis que atravesamos, excepcional y suprema. El sentimiento religioso es una necesidad del corazon como el amor. Hay esparcido en todos los seres un sentimiento que significa la aspiracion incesante á lo infinito; pero con especialidad sobre aquellos seres en los cuales ha encendido Dios la luz de la razon. La muerte, el sepulcro, todos estos misterios nos llaman con imperioso llamamiento á comunicarnos con lo infinito. El hombre seria como una sombra que pasa sobre el movible oleaje de los hechos de un dia, si el hombre no estuviese ligado por la razon con algo eterno, algo permanente, que es Dios. Y esta idea de Dios tan viva, que con tanto imperio se impone á nuestro espíritu, es la luz que ilumina eternamente el misterio de la muerte.

Y sin embargo, ¿cómo siendo el sentimiento religioso lo mas vivo que hay en nuestro sér, decae en este siglo? No se diga que decae

porque el siglo es materialista. Casualmente no puede decirse esto de una época en que vemos un pueblo tenido por positivista y mercantil, verter su sangre y verterla á torrentes por la emancipacion del esclavo. Roma concebiria el verter sangre por sus privilegios de ciudad; la Edad media concebiria el verter sangre por los privilegios de sus señores feudales; el siglo décimosexto concebiria el verter sangre por la supremacia del rey sobre los señores feudales ó la supremacia del Papa sobre los pueblos protestantes; pero solo este siglo, este gran siglo, socialmente considerado, el mas cristiano de los siglos, concibe la idea de verter su sangre, y ofrecer holocaustos en aras de la esclavitud.

La verdad es, que el sentimiento religioso se ha vaciado al contacto de esa escuela neo-católica que ha hecho de la religion una arma, y nada mas que una arma política. Se ha dicho que esa aspiracion del alma á lo infinito no puede caber sino en los esclavos, y se ha quitado de esta suerte al sentimiento religioso toda su espontaneidad, y todo su sublime misterio. Se ha unido indisolublemente la idea religiosa con el absolutismo, con el feudalismo, con todas las instituciones maldicidas por la humandad, y abandonadas por el espíritu. Esa escuela la ha llegado á renegar de la razon humana y de todos sus atributos. Esa escuela ha llegado á constituir la filosofia del escepticismo por abuso de la autoridad, la política de la inmovilidad por abuso de la tradicion, la moral del egoismo por abuso de la idea de expiacion; y en historia ha consagrado el dogma pagano del retroceso, elevando á divinidad la desesperacion y el terror. Ya se ve, desde el momento mismo en que se le ha dicho á un mundo inclinado desde luego á la libertad, por la cual ha hecho tantos sacrificios, que toda idea de libertad era incompatible con el progreso, desde el momento en que se le ha dicho esto, y por aquellos mismos que creen tener vinculada la idea religiosa; desde el momento en que se ha dicho esto, se ha traído sobre el mundo moderno un desolador escepticismo, una abierta contradiccion entre la idea religiosa y la idea liberal; y de aquí una lucha que no ha podido terminarse, que no se ha terminado sino por el decaimiento de la idea religiosa. Examinadlo bien, estudiadlo bien, señores, y vereis en la idea que apunto la causa ocasional y profunda de nuestro malestar religioso. Y como quiera que la escuela neo-católica excomulgó religiosamente toda idea política que no sea su idea política, toda aspiracion que no sea su aspiracion, de aquí proviene la lucha tremenda de nuestro siglo, lucha de una religion sin libertad, con una libertad sin religion.

Pues bien, yo creo que este mal se concluye con una grande y verdadera solucion, con la solucion de la libertad. Deje de ser la Iglesia un poder del Estado, proclámese su independencia absoluta, y se tendrá por necesidad resuelto el difícil problema. La Iglesia dejará de ser un poder político, pero tambien la libertad renunciará á su guerra con la Iglesia. Reflexionemos sobre estos graves puntos.

El Cristianismo es una religion de paz y de amor. Al predicar el dogma de la unidad de Dios ha predicado el dogma fundamental de la vida moderna, de la historia moderna. Al predicar el dogma de la libertad ha predicado la idea madre de todas las ideas políticas, la idea, que es como el alma de todas las instituciones de nuestro siglo. Al predicar el principio de igualdad ha predicado el fundamento del derecho. Y sobre todas estas ideas, sobre todas estas instituciones, ha estendido lo que podríamos llamar la eterna esperanza, el dogma del progreso. Así puede decirse, puede asegurarse, que en el Evangelio se encierra la democracia del mundo moderno, que el Evangelio separa la Iglesia del Estado, que el Evangelio funda los eternos principios de libertad, de igualdad, de fraternidad.

Pero la verdad es, que á esta doctrina se ha mezclado un gran virus de elemento pagano. El Cristianismo se planteó como religion de la conciencia, frente á frente del paganismo que se defendia como religion del Estado. La gran defensa de la idea pagana, era que sus dioses habian sido los protectores de los pueblos, que bajo sus auspicios se habian ganado todas las grandes victorias y habian crecido todas las instituciones, y que desarraigarlos del altar era lo mismo que desarraigar el Senado y el Imperio; y por eso tenian derecho á perseguir á los nazarenos y obligarlos por los tormentos, por las hogueras, á abjurar una religion contraria á la religion del Estado. Nadie hubiera podido creer que andando el tiempo se habian de ingerir los mismos errores paganos en la sociedad cristiana. Felipe II y Carlos IX, procedieron como Domiciano y Diocleciano; la inquisicion fué la hoguera pagana renaciendo de sus cenizas; y las guerras de religion, los últimos espasmos del monstruo del paganismo. Sí, porque la idea cristiana fué siempre la separacion de la Iglesia y el Estado. Libertad, sí, libertad tan solo pedia la Iglesia. Este era su grito, este el clamor universal de todos sus hijos hasta el siglo quinto. No aspiraba á un dominio transitorio en el mundo, aspiraba á penetrar en la conciencia, y sabia que solo le era dado penetrar por medio de la libertad. El Cristianismo tenia sus instituciones, sus leyes, su autoridad peculiar y

propia; pero ni su autoridad ni su reino eran de este mundo. Así no ejercía coacción alguna para atraerse prosélitos, ni para disciplinarlos, ni para guardarse de las asechanzas de sus enemigos. Sus leyes estaban escritas en la conciencia, su espada era la palabra, el único medio que para triunfar quería la libertad. Todos los padres de la Iglesia en este tiempo predicaban el principio del respeto debido á la conciencia humana en su íntima comunicacion con Dios. Todos negaban á una que el estado tuviese derecho alguno á forzarles á la adoracion de sus ídolos. Todos, reconociendo la autoridad política de los césares, desconocian su autoridad sobre el pensamiento, sobre el alma, donde solo puede reinar la conciencia; eterno resplandor de Dios en la vida. Así al mismo tiempo que elevan la conciencia á Dios, la elevan á conocer sus derechos. Jamas el espíritu se ha levantado con mas fuerza, con mas vigor á reclamar su libertad, la divina libertad, en cuya virtud solo reconoce sobre su conciencia la eterna jurisdiccion de Dios. Por si acaso me creyeris preocupado, os citaré los mismas palabras de los escritores cristianos. "Nosotros no combatimos, decía San Clemente, porque no queremos el poder de un dia. Y como nuestras esperanzas no están en nuestro mundo, ni evitamos los suplicios, ni huimos de los verdugos." Y concluía por pedir para el Cristianismo la libertad, y solo la libertad de manifestar sus ideas. Orígenes condenaba aún con mayor fuerza toda coacción material en la esfera religiosa. "Jesucristo no quiere ganar las almas, ni poseerlas por la violencia, sino por la santidad de su doctrina." Mas claramente está aún sostenida la inviolabilidad de la conciencia humana por el gran Tertuliano. "Mirad no sea autorizar el quitarme la libertad religiosa, la eleccion de mi Dios, el no permitirme adorar lo que yo quiero para forzarme á adorar lo que no quiero." En su carta á Escápula añade: *Non est religionis cogere religionem*. Los que creen que el Cristianismo puede santificar la violencia, desconocen su doctrina; los que olvidan que elevó el espíritu humano á la libertad, olvidan sus ideas fundamentales; los que son osados á creer que la religion proclama la libertad, cuando vencida, esclava, proscripta, se ocultaba en las Catacumbas y contaba sus víctimas por sus desgracias y sus martirios; y que vencedora, renegó de estos principios con cuya virtud habia vencido, no hacen mas que poner en la religion celeste los vicios, los errores, las inconsecuencias de los hombres, cuando por su naturaleza debe tener un criterio infalible de derecho, superior á los movibles sucesos de un dia, y por su naturaleza ser el principio y el fundamento de toda verdadera justicia

Yo comprenderia sin esfuerzo que se pidiese la proteccion de los Estados para la Iglesia, en aquellos tiempos en que eran hijos devotos de su buena madre, y cumplian sus mandatos, y acataban sus consejos y los reyes iban de rodillas á recibir en sus frentes el óleo que consagraba toda autoridad, y la hacia santa é inviolable; cuando los pequeños reinos se acogian y ocultaban, cual pobres huérfanos, entre los pliegues del manto de los pontífices, encarnacion de todo principio de justicia internacional; yo comprendo esta proteccion en tales tiempos; mas pedirla hoy, en que la vida de la Iglesia es como una lucha, como una batalla continua con todos los poderes; pedirla en estos tiempos en que la Iglesia ha luchado con Austria por las leyes josefinas, y con Toscana por las reformas leopoldinas, y con los Borbones por la espulsion de los jesuitas, ejércitos permanentes, caballeros andantes del Papa; y con Napoleon el grande por la interpretacion del concordato, y con el chico por la pérdida de sus Estados; y con los mismos firmantes del mas opresor de los concordatos, del concordato austriaco, por la emancipacion de los judíos y por las obras de Schiller, sí, del poeta del ideal, puesto en el índice; y con la corte absolutista de Nápoles por la hacanea ofrecida como un tributo de reconocimiento al Papa desde los tiempos de Carlos de Anjou; y con Saboya por las leyes Siccardi que abolian la jurisdiccion eclesiástica y vedaban el derecho de asilo á las iglesias; con Bélgica, con esa nacion pequeña en su territorio, grande en sus libertades, nacida al amparo del catolicismo, por sus derechos constitucionales; y con los cantones católicos de Suiza, de esa nacion donde la democracia ha hecho de las grandes montañas que se levantan al cielo en testimonio de la grandeza del Hacedor, el templo de la libertad, con los cantones católicos de Friburgo, por el pase, y del Tesino por el matrimonio civil; con España, con el pueblo que se arrojó al abismo de la guerra universal como Quinto Curcio en defensa del catolicismo, por la abolicion del diezmo y por la estincion de los conventos; con la América española, con aquella nueva creacion descubierta para estender los dominios de la Iglesia cuando se emancipaba la mitad del antiguo mundo; con Nueva Granada, por la asignacion al clero; con México por la desamortizacion; con la república argentina, por la libertad de cultos; cuando todos los poderes no han hecho mas que luchar con la Iglesia, pedir la proteccion, el amparo de esos poderes, equivale á pedir las cadenas para la Iglesia, á pedir una esclavitud legal que le arranca los espíritus entregándoselos á los gobiernos, cuando por la libertad seria suyo el dominio de aquella re-

gion, donde reside la fuente misteriosa de todas las ideas, sería suyo el dominio de la conciencia humana.

Y por eso he estudiado con grande esmero, y con prolijo cuidado, estos tiempos primeros del Cristianismo y especialmente ese siglo quinto en que no se había aún cometido el adulterio de mezclar, de confundir la religion con la política, la Iglesia con el Estado. Ha pasado ya la época de las persecuciones. La Iglesia ni tiene poder político, ni tiene alianzas con los emperadores. Mirad, señores, mirad, ¡qué grandioso espectáculo! Mirad esta Iglesia no protegida, no amparada por ninguna fuerza material sino por la fuerza de su autoridad religiosa, por la virtud de sus ideas y de sus dogmas. Los césares vencidos, las hogueras apagadas por la sangre y las lágrimas de los mártires, los arúspices mudos sin atreverse á evocar sus antiguos sortilegios, la pitonisa inmóvil sobre su trípode llevándose la mano á la fria y árida frente por donde no pasa una idea, la última trasformación del paganismo ahogada, la heregía maniquea, que pugnaba por volver la humanidad al Oriente, en el polvo merced á las heridas de las invisibles armas de las ideas; la heregía pelagiana huyendo como una sombra á perderse en el brumoso velo del Norte; la tribuna en Alejandría, y sobre la tribuna, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, San Agustín con la ciudad de Dios en su mente, Paulo Orosio con las palabras de salvacion y de esperanza en los labios; el tirano degollador de una ciudad entera, de rodillas á los pies de Ambrosio de Milan, plegadas las manos en demanda de perdon; la lira cristiana colgada de las columnas de las basílicas y produciendo al beso de las auras celestes, un himno á lo infinito; la sociedad de la libertad, de la igualdad, levantándose sobre la sociedad del privilegio y del fatalismo, y cuando la gran catástrofe viene, cuando se desquicia Roma como un planeta desengarzado de su centro de gravedad, en aquel dia del juicio final del mundo antiguo, al estrépito de las ruinas, al pálido resplandor de los incendios, entre las nubes de bárbaros que pasan montados en sus caballos, cuyas crines destilan sangre, bajo el filo de las siniestras esterminadoras espadas hambrientas de matanza, los mismos hombres que tienen valor para arrojarse con los brazos abiertos á detener el torrente, como San Severino que doma á Odoacro, como San Leon que detiene á Atila, como San Gregorio que educa á los lombardos, como San Isidoro que ilumina á los visigodos, como San Bonifacio que templó la sed de sangre de los bárbaros sajones; los mismos hombres que luchan y vencen, no son ni nobles, ni patricios, ni reyes,

ni soldados, sino el reflejo de la sociedad antigua, los pobres solitarios vestidos de sayal, apoyados en sus báculos, coronados de canas, pálidos, demacrados, que vencen y deslumbran á los bárbaros, porque llevan en sus pálidas frentes la reverberacion de Dios que ilumina aquella triste y espantosa noche, en la cual brilla el convento con sus monjes orando de rodillas, mientras el mundo se entrega á una carnicería sin fin, como brillan sobre las nubes de la tempestad que rueda pavorosa por los valles, las cimas de las montañas coronadas de blancas y puras nieves, que al reflejar la claridad de los cielos, la luz del sol y las estrellas, encierran todo lo que hay de divino en la naturaleza.

La Iglesia triunfó por la libertad. La Iglesia, separada del Estado, sin consorcio alguno con él, fundó el arte cristiano, fundó la ciencia cristiana, fundó la religion y la vida de los tiempos modernos. La Iglesia debe á la libertad sus mayores victorias. Renegar de ella es lo mismo que renegar de su madre. Renegar de ella es lo mismo que renegar de toda la fé, de todo su origen. La Iglesia triunfó, no aliándose con los césares, sino combatiéndolos. En virtud de la libertad pasó de las hogueras del tormento al Capitolio. En virtud de la libertad llegó á ser la religion cristiana religion universal.

Hé aquí, señores, los milagros de la libertad. Hé aquí por qué misteriosos caminos llega el espíritu á sobreponerse á la fuerza. Los que han viciado este grande movimiento, son los hombres mas criminales de la historia. Sí, hipócritas y fariseos; sí, perseguidores de todos aquellos que con sus ideas han fecundado y hecho crecer el árbol misterioso de la vida. Verdugos de todas las ideas, sobre vosotros cae desde la sangre de Sócrates hasta la sangre de Cristo; y el dia en que la justicia reine, y la tolerancia se acabe, ireis como Cain errantes por toda la tierra con el anatema de Dios sobre la conciencia, y la marca de la reprobacion de la historia sobre la frente. Y en todas las injusticias cometidas contra todo lo que ha sido grande en la historia caen sobre vuestra frente, ninguna de las glorias de la libertad os pertenece. Entre el crepúsculo del último y el presente siglo nació un poeta, en cuyas manos vibraban á un tiempo la lira de Tirteo y la lira de Pindaro; ángel caído desde el éter en el cieno y que llevaba sobre la frente el resplandor de su divino origen y sobre el corazón las amargas olas de todas las pasiones; mezcla confusa de sol y de sombras, de ideas del cielo y de polvo de la tierra, de espiritualismo místico y de materialismo ébrio é insensato; y que arrastrando por el mundo esta lucha titánica de la

mitad de su ser con la otra mitad, huyó del sombrío horizonte de su cuna, recorrió los campos españoles, empapados en la sangre que deramaban nuestros padres por la patria, sin encontrar la fé que buscaba; oró de rodillas sobre el pavimento de las catedrales, sin que el eco del órgano le inspirara una oración; se perdió en las selvas drúidicas buscando en vano ideas supersticiosas en el seno de la naturaleza donde yacen los antiguos dioses enterrados; holló el coliseo á la luz de la luna; bajó á las Catacumbas tocando con fría mano las inscripciones de los mártires; evocó inútilmente el genio dantesco en Florencia, recorrió en negra góndola los lagos de Venecia, y cuando la campana de San Márcos saludaba con el toque de oración, la primera estrella de la tarde, y el marinero rezaba el Ave María acompañado por las olas y las brisas que repetían sus plegarias, su espíritu fantástico en vano se esforzaba por creer y amar, porque las dudas, revoloteando como murciélagos en torno de su frente, lo cegaban como si el Universo de ideas y de creencias en que la humanidad ha vivido siempre, cayera convertido en cenizas sobre aquella alma de fuego, que brillaba en la cima de los cadalsos y de las ruinas del último siglo como el siniestro resplandor de una pira sobre negro catafalco. Pues bien, este hombre que tantas veces habia querido elevar sus ideas al cielo, viéndolas caer deshechas sobre su corazón como los vapores que una catarata eleva á las alturas caen como convertidos en lágrimas sobre los campos, este hombre por la libertad fué un héroe del pensamiento; por la libertad fué un mártir del Cristianismo. Era lord de Inglaterra, y la única vez que habló desde la tribuna, fué para interceder delante de aquella aristocracia soberbia por la emancipación de los católicos. Era poeta y se convirtió en soldado, y murió caballero andante de la libertad cruzada contra los turcos por la independencia de Grecia; señora de Grecia, la eterna madre de su espíritu. Hay otro hecho en la historia moderna que es el triunfo mas grande de la libertad de conciencia, y la condenación mas esplicita de la intolerancia religiosa. Habia un pueblo católico esclavo de un pueblo protestante. El pueblo católico se llamaba Irlanda, el protestante Inglaterra. Irlanda católica formaba casi una sociedad de párias, cuando un día su inmenso dolor se hizo hombre, ó mejor dicho se hizo verbo, se encarnó en la palabra de un orador que recorria todos los tonos del sentimiento humano, desde el sarcasmo y el insulto soez hasta la oración sublime; y este orador armado de su palabra en la cual se oían los ecos de las selvas patrias, los acentos de los mares, los gritos de los trabajadores,

las maldiciones de las madres, el lloro de los niños, los lamentos sepulcrales de las generaciones muertas, todos los tonos del alma de un pueblo pendiente como una trémula gota de rocío de los labios de un hombre; que al amparo de grandes instituciones tomó armado del rayo de su elocuencia la vieja torre feudal de la aristocracia británica emancipando la Iglesia católica, dejó en sus torres una bandera inmortal, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos, en cuyos pliegues se hallan escritas las tres ideas únicas que pueden hacer ya tales milagros: la libertad de la palabra, la libertad de asociaciones y la libertad de conciencia. Hoy mismo, en este instante en que hablo, si os volveis al Norte, oireis ruido de voces de clarines; vereis por montañas y por valles ejércitos de á pié y de á caballo armados, ya de chuzos, ya de hóces; ejércitos que van á buscar, no la victoria, sino la muerte; por todas partes descubriréis humo, polvo, vapores de sangre, quejidos de moribundos, sollozos infinitos que hieren los cielos y que debían partir el corazón de los gobiernos si la vieja diplomacia no los hubiera petrificado; y es el tormento de la raza de Polonia, de la España del Norte, que salvó á Alemania de los turcos, que socorrió á Hungría, que peleó con Carlos XII por Suecia, que salvó con su sangre el honor francés en la batalla de Leipsik, que tuvo armas para todos los príncipes de Europa, y que hoy vierte las últimas gotas de su sangre en el último estertor de su agonía, no solo por la libertad de su patria, sino tambien por la libertad de su religion, esa patria del alma.

El Apocalipsis, al decir que el cristianismo ha separado dos mundos, ha dicho una gran verdad. El Cristianismo al encontrarse con la sensualidad antigua, ha idealizado la vida, y para hacerla mas ideal aún la ha desarraigado de la tierra, y ha puesto su fin allá en el cielo. La tierra que para los antiguos era el centro de gravedad, así del cuerpo como del espíritu, ha pasado á ser á los ojos de los cristianos como una sombra. Todo se ha trasformado al soplo del Cristianismo. La naturaleza era para los antiguos toda la vida, y para los cristianos el velo en que se envuelve el espíritu; el sentimiento era para los antiguos como el instinto, y para los cristianos como el amor ideal y purísimo; el arte para los antiguos, la identidad de la forma y del fondo, la Venus que se cree feliz en el regazo de la naturaleza, y para los cristianos la superioridad de la idea sobre la forma, la Beatrice que inspira amor ideal y purísimo desde el cielo, amor que un beso profanaría; la conciencia se funda para los antiguos en el ser que los ojos ven, y para el